

Hugo Bouter

Simón cireneo

Seguir a Jesús llevando su cruz

«Obligaron a un hombre, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que salía del campo y pasaba por allí, a llevar su cruz.

Mientras le llevaban, echaron mano de un hombre, Simón cireneo, que venía del campo, y le pusieron la cruz para que la llevara tras Jesús.

Saluda a Rufus, elegido en el Señor, y a su madre y a la mía.»

Marcos 15:21; Lucas 23:26; Romanos 16:13

Seguir a Jesús llevando su cruz

No es posible seguir a Jesús sin llevar su cruz. ¿Qué significa esto? El Señor lo había dejado claro en Mateo 16:24-28, Marcos 8:34 y Lucas 9:21. Tendría que sufrir mucho y ser rechazado por los escribas, los ancianos y los sumos sacerdotes, que iban a entregarlo a las naciones – a los gentiles – y a condenarlo. Asumiría la muerte ignominiosa en la cruz por mano de los gobernantes romanos. La crucifixión era una forma de ejecución muy cruel y frecuente en aquellos días. Cualquiera que viera a alguien llevando una cruz (el travesaño), sabía que se trataba de una persona sentenciada que caminaba hacia el lugar de su muerte, donde ya estaba dispuesto el palo vertical.

Seguir al Señor implica una entrega total, un «negarnos a nosotros mismos» y tomar la cruz cada día. Negarse a sí mismo es realmente impopular, lo contrario del amor propio (cf. 2 Tim. 3:2). Y llevar la cruz tiene que ver con seguir a nuestro Señor y Salvador, que fue rechazado y condenado a muerte por un mundo malvado. Su cruz debe convertirse en nuestra cruz, no solo en la cruz en un

sentido general. Debemos aprender a identificarnos con el Crucificado y a gloriarnos en su cruz (Gal. 6:14).

Esto supone que Cristo fue rechazado. Por lo tanto, yo soy rechazado por el mundo. A Él lo crucificaron, por lo que estoy también crucificado. Él murió al mundo, así que yo también he muerto al mundo. Al referirnos a *cada día*, esto deja claro que no se trata de un acontecimiento único. Debemos tener presente que estamos unidos a un Señor rechazado y crucificado. Solo así podremos imitarle (Rom. 8:36; Gal. 2:20; 1 Cor. 15:31). Tomar la cruz y llevarla tras Él es nuestro deber como discípulos (Heb. 12:1-3). En el Señor resucitado encontramos la fuerza para perseverar.

Simón Cireneo

Simón de Cirene fue *obligado* a tomar la cruz y llevarla siguiendo a Jesús, pero nosotros lo hacemos voluntariamente como cristianos. En efecto, la cruz de Jesús se convirtió, por así decir, en la cruz de Simón. La llevó detrás del Salvador de camino al Calvario. Esto ilustra lo que es el discipulado. Al principio, el Señor llevó su propia cruz (Juan 19:17). El hecho de que otro se viera obligado a relevarle indica que Jesús – después de todo lo que había pasado – estaba a punto de derrumbarse bajo la pesada carga de su travesaño.

Este nuevo seguidor del Señor era de Cirene, un puerto marítimo del norte de África, en la actual Libia. Con motivo de la Pascua, muchos judíos de la diáspora se encontraban en Jerusalén; la mayoría también residían allí (Hechos 2:5, 10). Incluso tenían una sinagoga (Hechos 6:9). Simón venía del campo, probablemente porque había pasado la noche fuera de la ciudad. Es posible que se dirigiera al templo para la oración de las nueve de la mañana (cf. Hechos 3:1).

No había estado presente en la condena del Señor, ni había accedido a la demanda del pueblo para su crucifixión. Sin embargo, fue obligado por los soldados a convertirse en «seguidor» del Señor. El evangelista Marcos parece sugerir que los lectores conocían a Simón y a sus hijos. Así fue cómo Simón se convirtió de corazón en un verdadero discípulo del Crucificado. Es posible que él mismo estuviera presente cuando fue levantada la cruz, y el Señor exaltado en el madero. ¿Se dio cuenta entonces del significado real de los sufrimientos del Varón de Dolores?

Después de Pentecostés

Sea como sea, los judíos de Cirene se encontraron entre ellos cincuenta días después, cuando el Espíritu Santo se derramó sobre la tierra y la iglesia fue formada como «cuerpo» del Señor resucitado y glorificado en el cielo. Todos escucharon la predicación de Pedro, se arrepintieron y fueron bautizados en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados (Hechos 2:10). ¿Escuchó Simón de Cirene el discurso del apóstol Pedro? ¿Tocó la Palabra de Dios su corazón? Es bastante probable, dado que Marcos le describe como una persona conocida por los cristianos a quienes él escribía (Marcos 15:21). Según los historiadores, Marcos sirvió de intérprete al apóstol Pedro en Roma.

Más adelante, en el libro de los Hechos encontramos a los cristianos de Cirene, que habían sido expulsados de Jerusalén por los altercados y predicaban el Evangelio a los judíos de todo el país. Al llegar a Antioquía, proclamaron las Buenas Nuevas también a los griegos. La mano de Dios estaba con estos evangelistas, porque un gran número creyó y vino al Señor (Hechos 11:19-21). Lucio de Cirene se hallaba entre los profetas y maestros de la iglesia de Antioquía (Hechos 13:1). ¿No habrán propagado estos cristianos el Evangelio por el mundo antiguo? La Buena Nueva también llegó a Roma, posiblemente por la labor de Simón y sus dos hijos, Alejandro y Rufo.

Dentro de la familia de Dios

Esto lo confirma el testimonio de Pablo, que manda que saluden a un tal Rufo en su carta a los romanos, «... a su madre y a la mía» (Rom. 16:13). Comparando los pocos datos de las Escrituras, es justificada la conclusión de que Rufo fuera hijo de Simón de Cirene. El propio apóstol describe a este hermano como el «elegido en el Señor». ¿Tenía Rufo un cometido especial entre estos cristianos? ¿O se refiere esta expresión al hecho de que él, como todos nosotros, había sido escogido por Dios antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4)?

La gracia electa había pensado en él, y Dios tenía un plan. Tal vez esto se entienda de una manera más práctica: igual que su padre Simón había sido elegido para llevar la cruz de Jesús, Rufo lo había sido para ser un verdadero discípulo, seguidor del Señor. Era un verdadero cristiano, de eso no cabe duda. Al parecer, Pablo fue recibido cálidamente en esta familia cuando vivió en Jerusalén. Aquí no hace ninguna mención al padre de Rufo; por lo visto, Simón ya había fallecido. La carta a los romanos se había escrito más de veinte años después de la crucifixión.

El apóstol sostenía un vínculo especial con la madre de Rufo, porque ella lo había cuidado como su propia madre («su madre y la mía»). Así de estrechos son los lazos entre los creyentes, los lazos de amor en la familia de Dios. Nos hemos convertido en miembros de la casa de Dios, en Sus compañeros (Ef. 2:19). Esto también es obra de la gracia divina. Llevar la cruz conduce a una bendición infinita.

